

temente la mas rápida decadencia. Así habia sucedido en el califado de Oriente, y lo mismo se cumplió ahora en el de Occidente. Durante la vida del sucesor de Alhakem, el imperio de las Omeyas se dividió en una multitud de principados pequeños, y Córdoba, su magnífica capital, descendiendo á ciudad de segundo orden, no conservó otra distincion que la de ser la Meca de España. Estos pequeños estados fueron luego presa de todos los males que nacen de una constitucion viciosa de gobierno y de religion. Casi todas las sucesiones al trono eran disputadas por numerosos competidores de la misma familia; y hubo una série de soberanos que no llevaban en sus sienes mas que la apariencia de una corona, y que ascendian y desaparecian como las sombras de Macbeth. Las diversas tribus de asiáticos de que se componia la poblacion árabe de España se miraban entre sí con celos no disimulados; y los hábitos libres y rapaces, que no habia disciplina capaz de contener en un árabe, los tenian siempre dispuestos á la rebelion. De este modo, reducidos los estados musulmanes en sus territorios, y desconcertados por las facciones, no podian resistir á las fuerzas cristianas, que caian sobre ellos impeliéndolos desde el Norte al Mediodía. Hacia la mitad del siglo IX habian llegado los españoles al Ebro y al Duero; á fines del XI adelantaron su línea de conquistas, bajo la victoriosa bandera del Cid, hasta el Tajo. Los ejércitos de africanos que invadieron la Península, durante los dos siglos siguientes, prestaron grande apoyo á los musulmanes de esta otra parte, y la causa de la España cristiana vaciló por un momento en el memorable dia de las Navas de Tolosa; pero el feliz suceso de esta batalla, en la cual, segun la carta nada fidedigna de D. Alonso IX, "perecieron ciento ochenta y cinco mil infieles, y solo veinte y cinco españoles," fijó para siempre el ascendiente de las armas cristianas. Las campañas de D. Jaime I de Aragon y de S. Fernando de Castilla arrancaron progresivamente de manos de los árabes los restantes territorios de Valencia, Murcia y Andalucía; de modo que á mediados del siglo XIII el círculo de los dominios de los moros, que se habia ido disminuyendo de continuo, vino á reducirse á los estrechos límites de la provincia de Granada. Pero en este pequeño punto de sus antiguas conquistas levantaron los sarracenos un nuevo reino con suficiente poder para resistir por mas de dos siglos á las fuerzas reunidas de las monarquías de España.

El territorio de los moros de Granada contenia dentro de un espacio de ciento ochenta leguas todos los recursos físicos de un grande imperio. Sus anchurosos valles estaban cortados por montañas, que abundaban en riquezas minerales, y cuya vigorosa poblacion surtia al país de robustos labradores y soldados. Sus vegas las regaban abundantes arroyos, y sus costas, llenas de puertos cómodos, eran los principales mercados del Mediterráneo. En el centro, y coronando el reino como diadema, se ostentaba la hermosa ciudad de Granada. Ésta en tiempo de los moros se veia cercada de una muralla defendida por mil y treinta torres, con siete puertas²². Su poblacion á principios del siglo XIV ascendia, segun dice un escritor contemporáneo, á doscientas mil almas²³; y varios autores afirman unánimemente que en época posterior podia hacer salir por sus puertas cincuenta mil guerreros. Este cálculo no parecerá exagerado si consideramos que la poblacion natural de la ciudad se aumentó en gran manera por la llegada de los habitantes de los países que iban conquistando los españoles. Sobre la cima de una de las eminencias de la ciudad se levantaba el real alcázar ó palacio de la Alhambra, que podia contener dentro de sus muros cuarenta mil hombres²⁴. La bella y elegante arquitectura de este edificio, cuyas magníficas ruinas son aún el monumento mas interesante que se presenta á la contemplacion del viajero en España, prueba los grandes adelantos que habia hecho el arte desde la construccion de la célebre mezquita de Córdoba. Sus graciosos pórticos y columnatas, sus cúpulas y techos, que resplandecen con colores que en aquella atmósfera despejada no han perdido nada de su brillantez primitiva, sus aéreos salones contruidos de manera que pudieran recibir los perfumes de los jardines que los rodeaban y la grata circulacion del aire, y sus fuentes que derraman aún la frescura en aquellos desiertos patios, manifiestan á la par el gusto, la opulencia y la voluptuosidad sibarítica de sus dueños. Las calles se nos dice que eran estrechas, muchas de las casas altas, con torrecillas de madera de cedro ó de mármoles primorosamente labrados, y con cornisas de metal reluciente "que brillaban como estre-

CAP. VIII.
Reino de Granada.

²² Garibay, Compendio, lib. 39, capítulo 3.

²⁴ L. Marineo, Cosas memorables, fol. 169.

²³ Zurita, Anales, lib. 20, capítulo 42.

PARTE I. llas entre el oscuro follaje de los bosques de naranjos;" y el conjunto se compara "á una taza esmaltada, resplandeciente con jacintos y esmeraldas²⁵." Tales son las floridas frases con que los escritores árabes decantan entusiasmados las glorias de Granada.

Agricultura y comercio.

A los piés de esta fábrica del arte se estiende la fértil vega, tan célebre como liza que ha sido por mas de dos siglos de la caballería mora y cristiana, de cuyo suelo puede decirse que no hay una pulgada que no se haya fertilizado con sangre humana. Los árabes agotaron en ella todo el saber y todas las fuerzas que poseían para cultivar la tierra con perfeccion: distribuyeron las aguas del Jenil, que corre por su centro, en mil canales, para su mejor riego; y de este modo lograban una constante sucesion de frutos y cosechas en todo el año. Allí se daban los vegetales de las latitudes mas opuestas; y el cáñamo del Norte se criaba muy frondoso al lado de la vid y del olivo. La seda era el principal artículo del comercio que hacian por los puertos de Almería y de Málaga. Las ciudades de Italia, que entonces crecian en opulencia, eran deudoras de su principal habilidad en las elegantes manufacturas de este género á los árabes de España, y Florencia en particular tomó de ellos grandes cantidades de seda hasta el siglo xv. De los genoveses se refiere que tuvieron establecimientos mercantiles en Granada, y que celebraron tratados de comercio con este reino, así como con la corona de Aragon. En sus puertos se veia una multitud de gentes de los diversos paises de Europa, África y Levante; de manera que "Granada, segun dice el historiador, parecia ciudad comun de todas las naciones." "La reputacion de la buena fe de sus habitantes fué tal (dice un escritor español), que se confiaba en su palabra mas que entre nosotros en un contrato escrito;" y

25 Conde, Domin. de los árabes, t. II, p. 147.—Casiri, Bibliotheca Escorialensis, t. II, p. 248 y siguientes.—Pedraza, Antigüedad y escelencias de Granada (Madrid, 1608); lib. I.—Pedraza ha reunido las diversas etimologías del nombre de Granada, que algunos escritores han derivado del hecho de haber sido aquella ciudad el primer punto en donde se introdujo de Africa el granado; otros de

la gran cantidad de granos de que abundaba su vega; y otros de la semejanza que tenia la ciudad, dividida en dos colinas en que las casas estaban muy apiñadas, con una granada media abierta (libro 2, cap. 17). Las armas de la ciudad, que se componian en parte de una granada, parece que favorecen la derivacion de su nombre de este fruto.

cap. VIII. cita á un obispo católico, que decia que "las obras de los moros y la fe de los españoles eran todo lo que se necesitaba para hacer un buen cristiano²⁶."

Las rentas de aquel tesoro, que se calculaban en un millon doscientos mil ducados, procedian de imposiciones semejantes, pero bajo ciertos respectos mas gravosas que las de los califas de Córdoba. La corona, ademas de tener haciendas pingües en la vega, imponia el oneroso tributo de un sétimo sobre los frutos de la agricultura en todo el reino. Tambien tenian metales preciosos en grandes cantidades, y la moneda real se señalaba por la pureza de la ley y por su bella acuñacion²⁷.

Rentas de la Corona.

Los reyes de Granada se distinguieron en su mayor parte por su aficion á los conocimientos liberales. Empleaban generalmente sus rentas en proteger las letras, en construir suntuosas obras públicas, y sobre todo en la ostentacion de una pompa real á que no llegaba la de ningun príncipe de aquella época. Todos los dias habia fiestas y torneos, en que el caballero se presentaba menos deseoso de manifestar el esforzado valor de la caballería cristiana, que de desplegar su inimitable habilidad en manejar el caballo, y su destreza en los elegantes pasatiempos peculiares de su nacion. Parece que el pueblo de Granada, semejante al de la antigua Roma, necesitaba juegos perpetuos. Para él la vida era un largo carnaval, y el tiempo de las diversiones duraba mientras el enemigo no se presentara á las puertas.

Carácter ostentoso de aquel pueblo.

En el intervalo que habia trascurrido desde la caida de los Ome-

26 Pedraza, Antigüedad de Granada, fol. 101.—Denina, Delle Rivoluzioni d'Italia (Venecia, 1816).—Capmany y Montpalau, Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de Barcelona (Madrid, 1779, 1792), t. III, p. 218; t. IV, p. 67 y siguientes.—Conde, Domin. de los árabes, t. III, cap. 26.—El embajador del emperador Federico III, en su tránsito por la corte de Lisboa, á mediados del siglo xv, ponía en contraste la superioridad así en el cultivo como en la civilizacion general de Granada en

aquel tiempo con la de los otros paises de Europa por donde habia viajado. Sismondi, Histoire des Républiques Italiennes du moyen-âge (Paris 1818), t. IX, p. 405.

27 Casiri, Bibliotheca Escorialensis, t. II, pp. 250 á 258.—El t. V de las Memorias de la real Academia española de la Historia contiene un erudito ensayo, obra de Conde, acerca de las monedas arábicas, en especial de las acuñadas en España: pp. 225 á 315.

PARTE I. yas, los españoles fueron adelantando gradualmente en civilización hasta ponerse al nivel de los sarracenos enemigos, y al paso que la importancia que habían adquirido los libraba del menosprecio con que los miraron al principio los musulmanes, éstos por su parte no habían decaído tanto que hubieran llegado á ser objeto de la supersticiosa aversión que en tiempos posteriores les profesaron los españoles. En esta época, pues, las dos naciones se miraban entre sí con mas consideración que en ninguna otra anterior ó posterior. Sus respectivos monarcas trataban los negocios bajo el pié de perfecta igualdad. Tenemos diferentes ejemplos de soberanos árabes que visitaron en persona la corte de Castilla. A estas atenciones correspondían los príncipes cristianos, y así vemos que en 1463 Enrique IV tuvo una entrevista personal con el rey de Granada en los dominios del último. Los dos monarcas celebraron su conferencia bajo de un magnífico pabellon, erigido en la vega, delante de las puertas de la ciudad; y despues de haberse dado y recibido mútuos regalos, el soberano de Castilla se volvió á sus dominios escoltado hasta las fronteras por un cuerpo de caballeros moros. Estos actos de cortesanía suavizaban en cierto modo los duros rasgos de una guerra casi nunca interrumpida, que necesariamente tenían que hacerse aquellas naciones rivales²⁸.

Los caballeros moros y cristianos tenían además la costumbre de visitarse en las córtes de sus respectivos monarcas. Los cristianos solían presentarse en Granada para decidir sus cuestiones de honor por

28 La descripción de uno de estos regalos reales puede dar idea del espíritu marcial de aquel tiempo. En uno que hizo el rey de Granada á los soberanos de Castilla les envió veinte soberbios caballos de la yeguada real, criados en las riberas del Jénil, y adornados con magníficos jaeces, é igual número de cimitarras guarnecidas de oro y piedras preciosas; y en otro, entre perfumes y tisú de oro, encontramos una cria de leones domesticados. (Conde, Domin. de los árabes, t. III, pp. 163, 183.) Este último símbolo del poder real parece que

se consideraba como muy adecuado á los reyes de Leon. Ferreras nos dice que los embajadores de Francia cerca de la corte de Castilla, en 1434, fueron recibidos por D. Juan II teniendo sumiso á sus piés un grande leon domesticado (Hist. de España, t. VI, p. 401). Parece que en Turquía existe todavía el mismo gusto. El doctor Clarke, en su viaje á Constantinopla, se encontró con uno de estos aterradores falderos, que solía seguir como un perrito á su dueño Hassan Bajá.

encuentros personales delante de aquellos reyes. Y los nobles de Castilla, entre los cuales Mariana menciona especialmente á los Velas y á los Castros, iban con frecuencia á buscar asilo en aquel reino, y servían bajo las banderas de los musulmanes. Por este trato de caballeresca cortesanía entre las dos naciones, era preciso que cada una tomara alguna cosa de los usos propios y naturales de la otra. Los españoles adquirieron parte de la gravedad y magnífico aire de los árabes, y los últimos dejaron algo de su habitual reserva, y principalmente de los celos y torpe sensualidad que caracterizan á las naciones del Oriente²⁹.

Si pudiésemos dar entera fe á los cuadros que nos han trasmitido las canciones ó romances españoles, deberíamos creer que existió un trato tan franco de los dos sexos entre los árabes de España como en cualquiera otro pueblo de Europa. En ellos se nos representa á las damas moras asistiendo sin reparo á las fiestas públicas, mientras que su caballero, llevando un manto ó banda bordada, ó alguna otra señal de su favor, disputaba públicamente en su presencia el premio del valor, ó bailaba con ella la danza de la zambra, ó cantaba su belleza y daba espansion al alma debajo de sus balcones iluminados por la luna³⁰.

29 Conde, Domin. de los árabes, t. III, cap. 28.—Henriquez del Castillo (Crón. cap. 138, refiere un duelo convenido entre dos nobles de Castilla, en presencia del rey de Granada, en 1470. Habiendo dejado de cumplir su promesa uno de los dos, que era D. Alfonso de Aguilar, el otro paseó la liza en triunfo, con el retrato de su contrario atado á la cola del caballo.

30 Es preciso confesar que estos romances, por lo que toca á los hechos, son muy inexactos y fundamento muy deleznable para la historia. La parte mas bella acaso de los romances moriscos, por ejemplo, trata de las contiendas de los Abencerrajes en los últimos tiempos de Granada: sin embargo de lo cual, esta

familia, cuya novelesca historia se repite aún al viajero en medio de las ruinas de la Alhambra, apenas la mencionan, que yo sepa, los escritores contemporáneos propios ó extraños, y parece que debe su principal celebridad á la version apócrifa de Ginés Perez de Hyta, cuyos "Cuentos Milesianos," segun el severo juicio de Nicolas Antonio, son solo propios para divertir á los ociosos que no tienen en qué pensar. (Biblioth. Nova, t. I, p. 536.)

Pero aunque los romances españoles no merezcan en rigor la fe de documentos históricos, pueden acaso admitirse para probar el carácter dominante de las relaciones sociales de su época; lo cual se puede decir de la mayor parte de

PARTE I.

En corroboración de las ideas que nos dan los romances, pueden citarse también otras circunstancias, y especialmente las pinturas al fresco, que aun existen en los muros de la Alhambra, las cuales manifiestan una anchura en los privilegios concedidos al bello sexo, semejante á la que goza en los países cristianos, y totalmente ajena del genio del mahometismo³¹. El caballeroso carácter atribuido á los musulmanes de España está igualmente en perfecta armonía con esto. Así se nos dice que algunos de sus soberanos acostumbraban á recrear su espíritu despues de las fatigas del torneo con "elegantes poesías y floridos discursos é historias de amor y de caballería." Las

Espíritu caballeresco de los moros.

las obras del ingenio escritas por autores contemporáneos á los sucesos que describen, y mas especialmente de las canciones populares, que como emanan de una clase sencilla y no corrompida, es menos probable que se aparten de la verdad que las obras mas ostentosas del arte. El largo trato de los sarracenos con los cristianos (del cual da una prueba plena Capmany (Memorias de Barcelona, t. iv, apénd. 11), copiando un documento sacado de los archivos públicos de Cataluña, en que se manifiesta el gran número de sarracenos que residían en Aragon, aun en los siglos XIII y XIV, que son el periodo mas floreciente del imperio de Granada) habia llegado al punto de que muchos de ellos hablaran y escribieran la lengua española con pureza y elegancia, segun confesion general. Algunas de las graciosas canciones que aun entonan las gentes del pueblo en España en sus bailes, acompañándose con las castañuelas, las considera de origen árabe un crítico competente. (Conde, De la poesía oriental, MS.) Por lo tanto no es muy aventurado atribuir gran parte de estas canciones á los mismos árabes contemporáneos y

quizá testigos oculares de los sucesos que celebran.

31 Casiri (Bibliotheca Escorialensis, t. II, p. 259) copió un pasaje de un autor árabe del siglo XIV, en que se critica agriamente la desenvoltura de las damas moras y sus magníficos trenes y gastos, "que rayaban casi en locura," en un tono que puede traernos á la memoria la filípica parecida de su contemporáneo Dante contra sus bellas compatriotas de Florencia.—Dos decretos del rey de Granada, citados por Conde en su historia, prescribían que las mujeres estuvieran separadas de los hombres en las mezquitas, y prohibían que asistieran á ciertas fiestas sin ir acompañadas de sus maridos ó de algun pariente cercano. Sus mujeres literatas acostumbraban á conferenciar, como hemos dicho, con toda libertad con los literatos, y asistían personalmente á las sesiones académicas. Por último, las pinturas al fresco á que se alude en el texto, representan á las mujeres presenciando los torneos, y al afortunado caballero recibiendo de sus manos la palma de la victoria.

CAP. VIII.

diez cualidades que se tenían por esenciales de un buen caballero, eran "piedad, valor, cortesanía, gentileza, talentos para la poesía y elocuencia, y destreza en manejar el caballo, la espada, la lanza y el arco³²." La historia de los árabes de España, especialmente en las últimas guerras de Granada, suministra repetidos ejemplos, no solo del heroísmo que distinguió á la caballería europea en los siglos XIII y XIV, sino también de una culta cortesanía que pudiera haber honrado á Bayardo ó á Sidney. Esta reunion, de magnificencia oriental y de caballerosa gentileza derramó un rayo de gloria sobre los últimos dias del imperio de los árabes en España, y sirvió para ocultar, ya que no pudiera corregir, los vicios que eran comunes á todas las instituciones mahometanas.

Granada no se dejaba gobernar con la misma facilidad que el imperio de Córdoba. Ocurrían continuamente en aquel país revoluciones, que podían atribuirse algunas veces á la tiranía del príncipe, pero mas comunmente á las facciones del serrallo, á la soldadesca, ó á la plebe licenciosa de la capital. La última, en efecto, mas voluble que las arenas del desierto de donde traía origen, se precipitaba por cualquiera cosa á los excesos mas espantosos, deponiendo y aun asesinando á sus monarcas, violando sus palacios y derramando sus preciosos museos y librerías; al mismo tiempo que aquel reino, bien diferente del de Córdoba, era tan reducido, que cada convulsion de la capital se hacia sentir en sus extremos mas distantes. Y sin embargo, aun se sostuvo casi milagrosamente contra las armas cristianas, sin que las tempestades que le combatieron incesantemente, por mas de dos siglos, le hicieran perder casi nada de sus primitivos límites.

Espíritu turbulento de Granada.

Pueden indicarse diversas circunstancias á que debió Granada el poder hacer tan larga resistencia. Su aglomerada poblacion le daba multitud de soldados, con que sus reyes podían poner en campaña un ejército de cien mil hombres³³. Muchos de aquellos eran de las Alpujarras, cuyos robustos habitantes no se habían corrompido con la muelle afeminación que reinaba en los llanos. A veces se reclutaba

Causas de su prolongada resistencia.

32 Conde, Dominacion de los árabes, t. I, p. 340; t. III, p. 119.

33 Casiri, fundándose en una autoridad árabe, le calcula en doscientos mil hombres. Bibliotheca Escorialensis, t. I, p. 338.